OCTAVIO PAZ EN "EL POPULAR"

LEON FELIPE

Por OCTAVIO PA

LEON Felipe, el poeta castellano, ha regresado a México con su esposa, la universitaria y escritora mexicana Berta Gamboa. Viene de España, de su España, que siendo suya, frenéticamente suya, es ahora de todos los hombres. Y nunca como en este momento la visita de un poeta español, en México, en esta antigua y Nueva España, es síntoma y anuncio de un acontecimiento, cercano ya y henchido de significaciones, que amanece en la cultura de los pueblos hispánicos. Un acontecimiento que el propio León Felipe ha llamado el más importante de la historia española moderna: el de la Reconquista. "El de la mutua Reconquista que de sí misma hace el alma hispánica". Pues el pueblo español, en su guerra heroica y tensa, realiza un acto de Reconquista: la de su propia humanidad, la de su clasicismo, vivo en las más puras regiones del subsuelo español. Y cuando el hombre de España, mediante ese ahondar desesperado en sí mimo que es su guerra, encuentra, intacto y vigilante, en soledad tenaz, a su antiguo espíritu ecúmenico, encuentra también a México. Encuentra a América. Las encuentra allí, en ese mismo sitio, en esa misma herida, en donde vive y alienta lo más elemental, viviente y antiguo de un pueblo. Y este entrañable "encontrar", este inesperado descubrimento, es para León Felipe, vidente del hombre que alborea, toda una nueva, incruenta Reconquista. Una mutua reconquista, que hace España de América, del pueblo de América; una reconquista que hace América de España.

León Felipe, hemos dicho alguna vez, es un gran poeta castellano. Y la palabra limitadora, que define geográfica y culturalmente a un espíritu, se vuelve en este caso una palabra ensanchadora. Castellano, de su tierra bronca, bravo y cortés. Castellano, hombre de meseta y de luz cruel. En páginas inolvidables, como que están hechas de esa traspasadora luz castellana, León Felipe ha hablado, recientemente, de su meseta. De esa luz: agria, sin sabor, sin perfume; luz cegadora para la carne y la sensualidad, luz devastadora. El paisaje de Castilla es sólo tiera y luz, como si la misma naturaleza quisiera subrayar, así, la dualidad en la que se ha movido el espíritu castellano. No hay en ella la sensualidad, la melancolía aireada y trémula de Andalucía; no hay tampoco la nobleza mediterránea de Cataluña, ni el febril desmayo levantino. Sólo luz y tierra. El barro, la tierra seca y el trigo tierno que es Castilla, viven para esa luz, por esa luz. Si quisiéramos definir la actual lucha revolucionaria, la de la España leal, como el Cid, el leal Cid Campeador, diríamos que está presente en ese drama castellano: la lucha de la luz, la de la viva luz que aspira a integrar, en una sola escala, en un solo rayo, a todos los hombres españoles. Y esa integración, que es la República, que es la Revolución, no admite sombras, sino que quiere que todos los hombres se reconozcan en su luz, en su deslumbradora, humilde, recia humanidad.

León Felipe, vástago de la luz castellana, de la mis

León Felipe

ma que engendró a Manrique, está frente a nuestra definidora, exacta luz mexicana. El ha estado otras veces en México, pero creemos que sólo ahora, por razón de la misma intensidad vital de la historia, podrá entender, cabalmente, en el sentido de 'reconquista", a la luz de México, verde y terrenal, delirante y contenida Luz volcánica, pétrea, ensimismada. Y este nuevo encuentro de Castilla y de la Meseta Mexicana en el espíritu poético de León, o, mejor, en el espíritu profético de un poeta, será el primer hecho esencial de esta mutua Reconquista, a la que con tan encendidas palabras ha llamado León Felipe.

Los hombres jóvenes de México, los poetas, que siempre y desde el principio, hemos estado con el pueblo español, más allá de la política, atentos y obedientes al llamado de la Justicia y del corazón, saludamos a León Felipe a un gran espíritu profético, a todo un pueblo que lucha por su humanidad. Y queremos recoger en estas palabras del poeta el verdadero y hondo sentido del movimiento revolucionario de todo el Mundo: "Entonces nuestras lágrimas tendrán un origen más ilustre". Entonces, cuando la Revolución del Hombre haya acabado con el último villano, con el último burgués, "nuestras alegrías, nuestros dolores, serán más puros". Por boca del poeta queremos decir que no renunciamos a nuestra humanidad, al dolor y a la alegría, sino que luchamos por obtenerla, integrament

"León Felipe", El Popular, número 52, 17 de julio de 1938. p. 5.

La Enseñanza de una Juventud

Por Octavio Paz

A grandes rasgos se pretende, en esta breve y obligadamente esquemática serie de artículos, señalar las etapas que han conducido a la juventud española a la unidad, a través de la lucha que sostiene contra la invasión fachista. Necesariamente el panorama está constreñido a la descripción de los factores españoles, específicamente, sin examinar la cuestión de la unidad de la juventud mexicana. Al mismo tiempo, y ésta es una de las inexorables limitaciones que impone toda tarea periodística, no se me oculta que el problema de la unidad juvenil, en México o en España, está estrechamente ligado a la situación universal. Buena muestra de ello es el próximo Congreso Mundial de la Juventud por la Paz, que se efectuará en Nueva York. En esa asamblea se discutirá el problema de la paz y quizá allí mismo se logre, en líneas generales, esa necesaria coincidencia apasionada que mueve a todos los hombres honestos de la tierra: su común, entrañable odio a las dictaduras enemigas del Hombre. Y este común odio juvenil, como muy bien apunta Luis Aragón, puede delatar también un amor común, que amanece ya en el mundo.

x x x

En el mes de septiembre, por la estación radifusora de Madrid, decía yo a la juventud española, pensando, justamente, en la juventud de mi patria, todavía desunida, sin cohesión, empujada por la miseria y el escepticismo a la frivolidad o a la indiferencia, que de todas las vivas enseñanzas que la España contemporánea nos depara, ninguna tan impresionante como la de su juventud. La juventud, decía, se encuentra ahora en todos los sitios vitales, heroicos de España pero, fundamentalmente, en aquellos más inextraordinariamente desnudos de defensa: lo mismo en las brigadas de choque, que en la epopeya de Madrid; lo mismo en la tarea de la unidad política del Frente Popular, que en la obra de la retaguardia, impulsando la producción de guerra o haciendo el orden republicano. La juventud española ha hecho suya, como consigna diaria y ejemplarmente cumplida, la frase de Nietzche: "vivid peligrosamente". Quiero decir: vivid, siempre, como si cada uno de vuestros actos fuese vuestra última, definitiva empresa: con toda pasión, con toda alegría, con plena y dramática gravedad. España, agregaba, que era uno de los países más viejos de Occidente, (viejo, que no es lo mismo que "antiguo", por más que este país lleve en sí el secreto de la "antigiiedad" (que es el de creación), se ha convertido así en el escenario, en el ámbito en donde una juventud se ejercita en el heroísmo y en lo extraordinario. España, ahora, es un país joven, el país de la juventud.

Pero la juventud española no ha adquirido tales calidades, tal dureza y cohesión, por el mero hecho de ser juventud. La juventud es una suma de posibilidades, de hermosas posibilidades, que necesita de una serie de condiciones objetivas y personales para realizarse, para no malograrse. La juventud, para serlo realmente, precisa no sólo una ocasión para mostrarse y una suerte de madurez que difícilmente se alcanza, sino determinadas exigencias externas, históricas, que la hagan posible. Hay épocas de vejez y épocas de juventud. La juventud no es una gracia, ni un don, sino una conquista y una disciplina.

Para entender la situación real de España y de su juventud precisa recordar las condiciones políticas y sociales que se mantenían en ese país antes de la guerra. El análisis de esas condiciones ha sido hecho ya, insuperablemente, por muchas gentes. Pero no estará de más recordar el proceso de descomposición española a grandes rasgos. España era víctima de una gradual, rápida decadencia desde hacía varios siglos. A la caída de la monarquía España realizaba, pacíficamente, su revolución democrática. El Gobierno intentaba algunas tibias reformas, las más indispensables, para convertir a España en una nación moderna Quiero decir, intentaba instaurar plenamente el régimen democrático, consumar la reforma agraria, separar el Estado de la Iglesia, extender y elevar la educación, llevar a la vida humana a miles de campesinos de Andalucía, Extremadura, Castilla; enlazar nuevamente la España moderna a su destino nacional y verdadero, torcido y traicionado durante siglos por los mismos que invocan ahora el nombre de la patria que venden. Vino después el gobierno de los conservadores y el glorioso Octubre asturiano. La gente de Lerroux y Gil Robles, que se distinguió por su rapacidad en el manejo de los fondos públicos, intentó, como

(Sigue en la 6a. Pág.)

La Enseñanza de una..

Viene de la Pág. 5.

ahora Franco, acallar la honda voz española, que pedía tan sólo la posibilidad de continuar su historia y su tradición humana y democrática, llevando hasta donde la realidad lo permitiera las reformas sociales más urgentes, encarcelando y torturando a media España e idiotizando al resto. Pero fue inútil todo: en limpias, ejemplares elecciones el pueblo español, a los dos años, demostró que su destino no podía ser traicionado y su voluntad de que esas reformas democráticas se cumpliesen. El Frente Popular había triunfado.

La juventud española, que tanta participación había tenido en la instauración de la República, se encontraba, sin embargo, dividida. Dividida, a pesar de que había votado en su gran mayoría por el Frente Popular. Las dos grandes organizaciones juveniles revolucionarias, las Juventudes Comunistas y las Juventudes Socialistas, no habían hecho la unidad. Y es que estas organizaciones gravitaban, giraban en torno de los dos grandes partidos a que pertenecían. Y obraban más como comunistas que como jóvenes, más como socialistas que como jóvenes. Eran sectarias. Y tenían una vida anémica. No entendían que había, al mismo tiempo que la coincidencia política en lo fundamental, en la Revolución, un dato que las unificaba plenamente: su propia juventud, los problemas propios de la juventud revolucionaria. Eran una juventud política, como deben serlo las juventudes del mundo, pero no realizaban una política juvenil, una política específica de la juventud, sino la política de los partidos a que pertenecían.

"La enseñanza de una juventud", El Popular, número 58, de julio de 1938. p. 5-6.

Las Enseñanzas de una Juventud

El Camino de la Unidad

Por Octavio Paz

En artículo anterior hemos examinado, a grandes trazos, la situación de la juventud española hasta antes de la victoria democrática del Frente Popular. Y hacíamos notar cómo el mal planteamiento de la cuestión de la unidad juvenil hacía, en cierto modo, estéril toda actividad, toda obra política. Los jóvenes españoles eran víctimas del sectarismo reinante y, sobre todo, de los defectos de una política que no tenía nada que ver con los problemas propios de la juventud.

¿Cuál era en tanto la situación política de España? El Frente Popular extendía, ensanchaba su base. Al mismo tiempo principiaba a realizar el programa de mínimas reivindicaciones que lo habían llevado al poder. Pero los reaccionarios, los falangistas, los militares, las clases feudales, el Clero Romano, que tantos crímenes se ha anotado en la historia española, y, en fin, todos los defensores del "orden", instigaban al desorden y al caos. Bandas de pistoleros a sueldo realizaban atentados personales, ultrajando o matando a líderes de izquierda. Todo esto se realizaba después de una violenta "preparación" de prensa "independiente", que en nombre de la libertad, como en México, apuñaleaba por la espalda a esa misma libertad, ante la inconcebible ceguera del Gobierno. Una infame política de provocación se extendió rápidamente. Las represalias no se dejaron esperar. El propósito de los traidores estaba cumplido: la anarquía el desorden, más artificial que real, propicio para la revuelta y para luego, hipócritamente, justificarse en ella (Aunque no es intención nuestra referirnos a México salta a la vista la similitud de las situaciones y, también la urgencia de que sean aplastados en nuestro país todos los provocadores imperialistas, en primer término los periódicos derechistas. Esta es, junto con el afianzamiento de la unidad proletaria la tarea política más importante de los obreros y campesinos mexicanos).

Un mes antes de que estallara la rebelión de los militares, en medio de esta situación gravísima para la democracia y el pueblo español, se hacía la unidad de jóvenes comunistas y jóvenes socialistas. Las bases generales de esta unidad eran, justamente, aquellas que permitían, en la realidad y en los hechos, realizar una política, una obra de la juventud revolucionaria, inspirada en estos los grandes hechos: Revolución y Juventud. Es decir, dialécticamente, realizar una política específica, privativa de la juventud revolucionaria. No más sectarismo. La juventud, unida estrechamente al Frente Popular y a los partidos obreros, pero con la necesaria libertad para realizar sus propios fines, no sería en adelante la Juventud Comunista ni Socialista, sino la nueva Juventud Socialista Unificada, con un nuevo organismo, con una nueva táctica, adecuada a las condiciones objetivas, con una nueva disciplina. Y los partidos Comunista y Socialista dieron ejemplo revolucionario al impulsar al nuevo organismo, declarando que, desaparecidas las Juventudes Comunista y Socialista, y habiéndose formado una nueva, potente y ancha organización de la Juventud, no había más disciplina que seguir que la señalada por la Juventud Sosialista Unificada. De este modo, tras de duras lucha, la Juventud afrontaba la dirección de su destino, se lograban los cimientos de la Alianza Nacional de la Juventud y se abría la posibilidad de que las tareas juveniles se cumplieran e irradiaran al campo todo de la lucha.

Un mes después de lograda la unidad juvenil estalló el movimiento rebelde. Es bien conocida y admirada por todos la actitud del pueblo español ante la bárbara agresión. La juventud, en primer término, tomó las armas y se batió y se bate, heroicamente, como ejemplo terrible de humanidad, de valor y de tesón. Miles de jóvenes fueron masacrados y torturados en las provincias dominadas por el fachismo; otros miles han muerto en las llanuras castellanas, defendiendo Madrid, venciendo a los italianos en Guadalajara, o combatiendo en Aragón, muriendo como héroes en Irún, Bilbao, Santander, Gijón, nombres de espanto y desolación. Y otros miles substituyen a los caídos y hacen feraz con su sangre y con su esfuerzo la tierra que pisan y conquistan. ¡Y el mundo contempla sin conmoverse este gigantesco desangramiento de todo un pueblo en lo más puro y fino de su cuerpo, esa terrible y universal muerte que envuelve a toda una juventud, que no quiere más que la libertad de su patria y reclama, cuando deje las armas, un puesto en la paz y en el trabajo: el puesto del esfuerzo y del sudor!

"Las enseñanzas de una juventud. El camino de la unidad", El Popular, número 69., 3 de agosto de 1938. p. 5.

Un Mundo sin Herederos

Por Octavio PAZ

CERRADO y completo universo es el de la obra de Proust. En un aire, tibio y terrible, tormento y delicia del espíritu, vive la humanidad por él creada, casi sin acceso al mundo. Y no quiere decir ésto que carezcan de realidad los hombres proustianos, que sean meras e inertes ficciones, tipos, sino que transitan sus conflictos bajo otro cielo, en otro tiempo, suave y lento, trastornadas las medidas habituales, como una lejana estirpe de los hombres, pero que participa, por la tragedia e interna vitalidad de su desarrollo, de las cualidades y maneras del hombre real.

Justamente, no de la ausencia de la vida, sino de su exceso, del agotamiento de todas las posibilidades vitales, ya realizadas, es de donde proviene la lejanía del mundo de "A LA RECHERCHE DU TEMPS PERDU". Porque lo ha recobrado todo, encerrándolo, sin callarse nada, en se estilo que se deja poseer, pero que no intenta retenernos, seguro de nuestro regreso apasionado, no traza, solitario espectador de sí mismo, ningún camino hacia nosotros. Libro hacia adentro, indiferente del mundo y de la posteridad, no reconoce otra vida que la suya, no se dirige a un público, a un amigo, embriagado en la sola embriaguez de su propia satisfacción.

Es por esto por lo que la obra de Proust no puede tener valiosos herederos; en sus personajes —personajes es una palabra injusta— todos los destinos se cumplen, alcanzando la naturaleza y la vida su íntegra realización. Sus obras no serán objeto de una renovada, periódica juventud, pues se nutren de la suya, invencible e inactual. Cuando recordamos los temas y los héroes clásicos sabemos de antemano su valor universal, su perpetua frescura, que los hace tan actuales; su valor, parejo al puramente objetivo que los hace vivir por sí mismos, es el de fuentes; Sus nobles formas, lo mismo que sus conflictos, siguen siendo veneros de temas y héroes, pues se apoyan en las más hondas raíces del mundo. Los protagonistas de Proust no pueden, eternos y perfectos, reproducirse y crecer en otra atmósfera, estériles, atados a sí mismos, sin posibilidades de otra vida o de otra muerte.

Pero su eternidad no proviene, como en otros, de la de los problemas planteados que dejan de ser la tragedia passjera de un hombre para convertirse en una cuestión de orden universal, que abre una interrogación, suscita una duda, prefiere un inicio. Su eternidad está en la resolución del conflicto, en la entera realización del destino individual. Su obra no es un comentario a la vida, una prédica o una inquisición, sino una creación, un producto de la vida. Así, sus hombres quedan lejanos e indiferentes, pues no se dirigen a nosotros, sino a su intimidad. Su clasicismo no surge de la universalidad de sus conflictos, no porque no sean universales las pasiones que maneja, sino por su sequedad vital, moral. Y no los une a nosotros la simpatía, la congoja de la identidad de la naturaleza humana, pues esa identidad no existe para ellos. Los une, sí, sin saberlo quizás ellos (de otra manera sería indescifrable la obra proustiana) esa identidad, no la conciencia de ella. La simpatía, la intención moral, la ponemos nosotros, no es un elemento de su obra. Su mundo sigue sordo e inclemente, con la sola angustia de su propia vida.

La vida en Proust ocurre como un proceso, como una historia. La historia de la oculta inclinación por ciertos colores, el origen remoto de un gesto, las raíces profundas de una afición o de un odio. Se ejercita en escudriñar los resortes subconscientes de nuestras acciones, lo que ocultamos como más íntimo y prohibido. Analiza las huellas invisibles que deja nuestro temperamento en la conversación, en los gestos habituales, en la forma de nuestras vestiduras, en los placeres y cosas de carácter social, sellados por el ritmo de la costumbre. Así, una sonrisa esconde detrás de su gracia fina e impertinente una serie de razones obscuras, de móviles ignorados. El hombre interior se expresa, en las cosas más fútiles y pequeñas, en ese idioma secreto de los colores, de los gestos, de las preferencias escondidas. ¡Y qué cruel emblema la corbata negra de Charlus, en la que, desesperado, naufraga un pequeño punto rojo, símbolo, lo mismo que su inquieta mirada, perdida y rehusando fijarse en lo más cer-

(Sigue en la Pág. 6, Col. 1a.)

Un Mundo sin Herederos

(Sigue de la Tercera Plana)

cano, de su inseguridad vital, de su profunda desconfianza del mundo y de sí, a pesar de la coraza de su nombre, que esparce la soledad, y de su inteligencia! Tiene esta corbata la misma significación que su orgullo, surcado de súbitas timideces, que su sequedad, cruzada por ráfagas de ternura; actitudes extrañas que denuncian al trasgresor de las leyes divinas y le dan ese aire de huída perpetua, de esconderse continuo, que seguramente ha de haber tenido Caín errante, cuando era asaltado por las miradas eternas en una orilla del mundo, en las llanuras primitivas, secas y áridas, llena de polvo la túnica y la amarga boca, temerosa la mirada. Y luego esa deliciosa costumbre de Odette de conservar en sus ropas modernas recuerdos, pedazos de las modas antiguas, vestigios de otras horas, de otros paseos: costumbre que le da en el tiempo, ese mismo carácter cosmopolita que tiene en la geografía del mundo elegante cuando mezcla, en la conversación y en la vida social, los giros anglicanos y las costumbres semi-aristocráticas de los grandes balnearios. O bien, examina el carácter de la vida social y penetra, tan aguda y poéticamente, en la fisonomía interna de los salones y las fiestas, como esa maravillosa de la marquesa de Saint-Euverte, contemplada desde dentro, a diferencia de los de Balzac.

No es que todo esto sea una reproducción de la vida, una novela realista; es una verdadera creación, una emancipación, por decirlo así, del fluir de la vida. Es realmente una historia, un proceso, ciego en medio de los otros procesos, indiferente de las naturalezas ajenas. Habrá que recordar aquí que Proust es un lírico que escribe un libro de memorias, un largo poema —en el límite de la vida, ya cercana la muerte —a la vida, a esa vida suya, personal e intransferible.

Su novela, de manera semejante a lo que ocurre en la poesía, se produce como un desarrollo, como un devenir; recorre sus páginas una tensa sensación de vida que se está realizando, luchando contra la muerte y el olvido, como nosotros combatimos con el dolor y el tiempo. No es que el novelista haya apresado a la vida, inmóvil y quieta, dentro del estilo; es, en verdad, cosa muy distinta, pues no es el arte el que apresa a la vida, sino la vida —la poesía— que irrumpe en el arte. No sigue las leyes de la lógica y ni siquiera las de la cronología. No es un relato ni un estudio científico: la dialéctica y el almanaque le son por completo inútiles. De ahí su falta, aparente, de asunto y tiempo. (Ya Thibaudet ha señalado esto, que podríamos llamar el bergsonismo de Proust). El tiempo no transcurre como una medida objetiva, como el frío marco dentro del que se ama o se muere, sino como una condición del espíritu, atada a él, envoltura sensible del espacio y del hombre. Su tiempo, —tiempo arbitrario de la poesía— es la carne de sus héroes, brota de ellos mismos, inseparable y fecundo a su contacto. Ha dejado de ser una medida y adquiere una dimensión personal y limitada, irrepetible; es verdaderamente, un tiempo, un trozo viviente de dolorosa eternidad.

"Un mundo sin herederos", El Popular, número 542. México, D.F., 25 de noviembre de 1939. p. 3.

OCTAVIO PAZ EN "FUTURO"

Americanidad de España

Octavio PAZ

LA guerra de España, aparte su esencial y dramática significación para el presente de todo el mundo y para su inmediato porvenir, ha señalado, en Hispanoamérica, el despertar de una nueva solidaridad, nutrida no sólo en la hermandad democrática y de clase, sino en la unidad histórica de lo hispano. El hispanismo, en América y España, parecía una tesis desprestigiada, reaccionaria. Era natural. Con el hispanismo se hacía la defensa de todo aquello, antiespañol y antiamericano, que constituía lo que se llamaba la "tradición". Y con el pasaporte falso de la tradición "racial" se deslizaban los más inusitados contrabandos ideológicos; la defensa de la obra de España en América, era siempre la defensa del régimen económico, feudal, de encomenderos, clero y Corona; las disputas entre la Corona, la Iglesia y los señores feudales, eran y son apreciadas como la lucha del bien contra el mal, de la caridad contra la usura. (Martín Cortés, por ejemplo, representante de toda la soberbia casta descendiente de los conquistadores, es presentado por algunos como un precursor de la Independencia, cuando no es más que, como más tarde Iturbide, una reacción del feudalismo novo-hispano en contra de la burocracia de la metrópoli. El drama del siglo XVI, lucha de los señores contra el poder central, también se desarrollaba en la propia España y fué tema no sólo de pugnas y discusiones, sino que traspasando lo político y lo social, dió origen a la Fuente Ovejuna de Lope.) Lo cierto es que, más hondo que la lucha entre el poder central, apoyado por la Iglesia, y el feudalismo criollo o peninsular, gemían en América, como en España, millones de campesinos, al margen de la cultura, de la vida social y del "cristianismo".

La realidad atroz de la vida colonial, al mismo tiempo que influencias extrañas, creó en el siglo XIX en México una fuerte corriente antiespañola. Y entonces lo español fué sinónimo de crueldad, injusticia, incapacidad y usura. Se olvidaba que en España, también, muchos miles de hombres sufrían lo mismo, víctimas de un régimen, más que de unos hombres. El equívoco, sin embargo, estaba en marcha y llegaría hasta nuestros días. Liberalismo, republicanismo, todas las tendencias, en fin, que iban creando la fisonomía de nuestra patria, eran incompletas si, además, no eran antiespañolas, desde Guerrero hasta nuestros días. Las fuerzas revolucionarias del México independiente eran siempre anticlericales y antiespañolas. Y, por otra parte, los amigos del feudalismo, de los privilegios eclesiásticos, los conservadores de ¡Región y Fueros! fueron los abanderados del españolismo. España, en México, era regresión, fanatismo, incuria. Así hemos crecido todos, con odio en la sangre, vengando siempre a Cuauhtémoc. El hecho social llegó a crear un envenenado complejo colectivo.

La guerra de España ha esclarecido esto. Ahora estamos en aptitud de entender muchas cosas. Y entre ellas a Mina. Al libertador Mina lo entendemos mejor ahora, puesto que muchos de los nuestros, mestizos o indios, han caído y caen en tierras castellanas o catalanas. Por esta sangre vertida hemos descubierto en lo español a lo humano, al hombre; y al descubrir al hombre los ojos han iluminado lo español del hombre. La obra de España en América todavía no termina. Empieza, apenas, la época de las recíprocas, profundas influencias.

La Colonia fué gremios, encomiendas, Estado, etc.; muchas cosas, no sabemos si malas o buenas, pero que ya han sido hundidas, superadas por la realidad. Pero la Colonia fué también historia. Y lo que ella tiene de historia, es decir, de creación, aún nos toca, aún nos impulsa y mueve. Desde el siglo XVI, al otro día del desembarco y de la fundación de municipios, nacieron en México dos cosas: la Nación, México, y la Democracia. El drama de nuestra patria, desde ese día, ha sido, precisamente, realizar lo que, sin saberlo, conquistadores y frailes, indios y castas, fundaban: una Nación y una Democracia. Y ¿cuál es el drama de la España actual, sino ese? España ha sido muchas veces un Estado, hasta un Imperio, en donde no se ponía el sol, pero pocas veces, muy pocas, ha logrado realizarse en una comunidad nacional, en una democracia que albergue todos los pueblos ibéricos. Las convulsiones internas de España han sido siempre en contra de la tiranía de la riqueza y en contra del despotismo del Estado central. Catalanes, gallegos o vascos, lo mismo que mexicanos, argentinos o cubanos, todos víctimas de un Estado que nunca pudo, por ajeno, por antihumano, ser íntegramente español o americano.

Las dos tiranías: la tiranía de las clases, y dentro de ella, como su más visible expresión, la tiranía del Estado, representante de intereses extraños, ayer austriacos, franceses o ingleses, hoy. . Hoy, todo el mundo lo sabe, el Estado antinacional, el Estado pulpo de los pueblos ibéricos, ya no es, ni siquiera, Estado. Es, simplemente, la rebelión, la fuerza sin normas, degradada y con espíritu colonial, al servicio de Mussolini, Hitler y las bandas del imperialismo fascista.

De allí viene el desconcierto de nuestros "hispanistas". Cuando vieron que España no era el privilegio, la esclavitud, la incuria usurera, sino, por el contrario, que era la Nación y la Democracia, inventaron, aquí y allá, el mito de la "anti-España". No sabían que al combatir a la España republicana, a la del Frente Popular, combatían también a la América. A esta América de indios, de cuartelazos, estrangulada por el imperialismo, pero en la que alienta, por la voluntad de sus masas, el propósito de integrarse como una comunidad de naciones. La lucha de México, por ejemplo, en la que las centrales obreras y el Gobierno han obtenido triunfos tan importantes como el de la nacionalización del petróleo, no es, tan sólo, la lucha por recobrar para la nación las fuentes de riqueza. Es algo más. Es dotar a nuestra patria de un esqueleto económico, de una estructura material, capaz de abrigar el espíritu de nuestro pueblo. Luchamos por hacer, por crear a nuestra patria. Y nuestra patria se empezó a crear, económica, racial y culturalmente, al otro día de la Conquista.

¿Cuál es, entonces, el entrañable descubrimiento que a la misma hora se hace en México y España? Este: no podemos ser Nación, si no somos Democracia. En las entrañas mismas de nuestro origen está la Democracia. Y para España no podrá haber más salida creadora que esa: la de constituirse, al cabo de varios siglos, en un país moderno, en una Democracia. La Democracia es una idea universal. Es un hecho mundial. No es patrimonio de una sangre, ni de un régimen. No pertenece, tan sólo, a franceses e ingleses, y no es tampoco expresión de la burguesía revolucionaria del XVIII y del XIX. Es también la meta final del socialismo. Pero, siendo universal, es un hecho profundamente americano. En la lucha contemporánea, salta a la vista la identidad del destino de América y España. En tanto que la democracia se ve traicionada en Francia e Inglaterra, países de vieja raigambre popular, en los pueblos hispanoamericanos, en México y España, encuentra a sus más ardientes defensores. La explicación la podemos obtener si pensamos que la burguesía francesa e inglesa hace ya mucho que abandonó el "prejuicio democrático" que hace un siglo la llevó al poder; es el proletariado y la pequeña burguesía los que defienden, allí donde no pueden transformarla, a la democracia burguesa. En América y España, por el contrario, al defender su autonomía nacional se está creando un orden humano: democrático. Con la Democracia, fuerza revolucionaria entre nosotros, se están creando las naciones iberoamericanas. Tal es el sentido último de la lucha actual en la que hispanoamérica, al alinearse al lado de las democracias, actúa como una fuerza purificadora y joven. Por eso, para España y América, la defensa de la Democracia es cuestión de vida o muerte: les va en ello todo, no sólo el régimen político amenazado por el fascismo, sino su posibilidad histórica de existir como naciones. Lo trágico del dilema obliga a la acción, heroica y solidaria. La defensa de España es la defensa de América. ¡Luchemos en el Frente Americano, por la victoria del Pueblo Español!

"¿Dónde está la conciencia del mundo?"

"Americanidad de España", Futuro, número 35, enero de 1939. p. 18-19.

REGIMEN DE VICHY

Octavio PAZ

NADIE duda que la segunda guerra mundial ha precipitado la crisis general de la civilización de Occidente. Y nadie duda tampoco que esa crisis es, sobre todo, la crisis de la democracia y de todas las ideas que hasta hace poco llamábamos modernas. La democracia moderna, tal como la concibieron sus creadores, no es, después de todo, muy distinta a la democracia de las ciudades antiguas. En cierto sentido se puede decir que es sólo una extensión y una profundización de la democracia antigua. Los beneficios de la ley se habrían extendido a todas las capas de la población y el régimen de privilegios consagrados por el derecho había desaparecido. Al mismo tiempo que se lograba la igualdad ante la ley, ésta dejaba de ser, en cierta medida, territorial o provincial y se convertía en nacional. La democracia moderna era, así, popular y nacional; la democracia era la nación. La nación era la ley, la ley para todos los ciudadanos. El nacionalismo, en esa época, era demócrata; y la democracia, popular. Pero las cosas han variado.

La democracia se paralizó, enfermó. Lentamente dejó de ser popular y, paralelamente, de nacional se convirtió en nacionalista. La evolución de las ideas políticas no es, quizá, sino un reflejo de la sensibilidad política de los pueblos o de las clases sociales. Por eso, más que en las ideas o en las leyes es en las "reacciones" ante la política, reacciones muchas veces primarias, casi nunca intelectuales, en donde podremos encontrar las huellas de la crisis de la democracia. La democracia burguesa se perdió mucho antes de que se le presentara aquel falso y trágico dilema: ante las amenazas totalitarias no había más que dos caminos: o convertirse en dictadura o ser vencida. El dilema no existía, como se ve, porque los dos términos de la cuestión venían a ser lo mismo. Sólo la hipócrita retórica de los pseudodemócratas burguesa podía fingir una elección donde no había nada que escoger. Y es que la cuestión era otra. Se trataba, después de todo, de algo muy difícil, pero que quizá hubiera salvado, por algún tiempo, a la envejecida democracia occidental: rejuvenecerla. Y sólo hay unas aguas de Juvencio: las aguas del pueblo, de donde nació, profundamente popular y nacional, manchada de himnos y sangre, la democracia.

Los enemigos del pueblo —que se decían defensores de la democracia— encontraron, sin embargo, en lugar de las aguas populares, otras químicamente puras; aguas medicinales, cargadas de espuma, espumeantes: las aguas de Vichy. Es decir, las aguas del nacionalismo. El falso dilema tenía una solución falsa: frente a la dictadura nazi sólo había una respuesta: la dictadura nacional. Eso perdía a la democracia, lo que no importaba ya a Daladier, Bonnet y demás, pero salvaba a la nación. (Ya hemos visto cómo salvaron los nacionalistas a la nación.) Se olvidaba que la democracia era la nación; y que la nación era el pueblo. La democracia dejó de ser popular: hacía muchos años, en rigor, que había dejado de serlo y, por lo mismo, ya no era nacional, y estaba a punto de no ser democracia. Era un triste fantasma, en manos de un grupo internacional que ha hecho del nacionalismo el remedio universal para curar la parálisis del capitalismo.

Con las etiquetas del nacionalismo los señores de Vichy venden un veneno internacional, que es lo menos francés que hay: el mismo veneno de Franco. El veneno internacional del nacionalismo, que es antipopular, antidemócrata y, por ende, antifrancés. Las espumeantes aguas de Vichy no son, después de todo, distintas de las de Franco, aunque son, si cabe, más tristes y mezquinas. Y eso se debe, quizá, a que Petain es un Hitler reumático, en tanto que Franco es un Mussolini de zarzuela.

La democracia ha muerto en Francia, y, con ella, la nación. Los nacionalistas, después de haber enterrado a la democracia, venden ahora el cadáver de la nación francesa a los alemanes, como Franco ha vendido España a los italianos. La crisis de la democracia ha sido, así, la crisis de las nacionalidades; del cadáver de la nación han salido los hambrientos gusanos del nacionalismo. Porque el nacionalismo, además de ser una estafa, es una degeneración de la nación. Y han sido las clases militares y directoras las encargadas de levantar, frente al cadáver de la Francia democrática y popular, antiimperialista y universal, profundamente francesa, el vano, lúgubre y casero fantasma del nacionalismo. De un nacionalismo reumático y diabético, senil, que ha substituído el lema de la Revolución francesa por otro, ridículo y doméstico: Patria, Familia y Trabajo. Lema digno de Vichy, del régimen de Vichy. Régimen, ¡ay!, no para enfermos, sino para muertos.

"El régimen de Vichy", Futuro, número 54, agosto de 1940. p. 19.

Publicaciones ubicadas en la hemeroteca histórica del Centro de Estudios Vicente Lombardo Toledano.

Link del catálogo en línea: http://200.78.223.179:8388/LOMB Correo electrónico: bibliolomb@hotmail.com